

La causa que refresca

José Miguel Sánchez (Yoss)

BIENVENIDA. Sí, YO SIEMPRE ESTOY AQUÍ, EN LA ENTRADA DEL AEROPUERTO O del hotel, esperando por ti. Veo en tu sonrisa que tú también me has reconocido a la primera ojeada. Yo soy lo que soñaste todos estos años, justamente lo que buscas. Tengo ojos mestizos y la piel mordida por el sol y el salitre, pelo indómito y músculos de trabajo y no de gimnasio. O lo que queda de esos músculos, porque, como bien sabes, la situación está dura. Tengo cara de intelectual autodidacta y partyman, todo en una sola pieza. Natural, encantadoramente medioharapiento. ¿Lo ves? En mis facciones está el peligro, el delicado riesgo del robo o la enfermedad venérea, pero también la dulzura de la caña, la sincera amistad, el buen salvaje de Rousseau. Bienvenida. Sí, yo seré tu guía.

¿Dónde quieres ir primero? Claro, al hotel... cinco estrellas, capital extranjero, of course, lleno de typical tropical, tan auténtico como un dólar impreso en papel higiénico. Para disfrutar de la piscina y asombrar a mi natividad con los milagros del aire acondicionado y el servicio de habitaciones. Para quejarte de los altos precios y de la falsa imagen de las giras y recorridos por la parte histórica de la ciudad, donde los guías hablan de colonizadores muy muy malos y de indios y negros muy muy buenos. Pero no te preocupes: eso también es parte del juego, el necesario prelude.

Ahora, por supuesto, Amistur. Porque tengo un amigo que tiene un cuarto vacío y te lo alquilará por el simple encanto de tu sonrisa y una cifra casi ridícula en tu moneda fuerte duramente ganada con el sudor de tu frente. Por solidaridad proletaria, porque tú, se ve por encima de la ropa, no eres ni una millonaria ni una capitalista explotadora, y tu auto y tu casa no son tu culpa, sino la división Norte-Sur, al que le tocó le tocó, y comoquiera los dejaste lejos, en tu casa, y aquí no cuentan (Qué lástima). Sabemos que tú lanzaste adoquines en la Universidad, cuando el 68, y tienes prendidas con alfileres a tu pelo las canciones de Silvio y Pablito, y en tu cuarto el poster del Fidel. Y el pueblo unido jamás será vencido, y la sonrisa indígena y doliente de Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz, un gallardete del Frente Farabundo Martí y la foto de Camilo Torres, el cura guerrillero. Y por eso eres elemento activo en las tómbolas de ayuda a los niños huérfanos de Guatemala y discutes

hasta las once en el pub de la esquina de tu casa sobre la verdadera indentidad del subcomandante Marcos, y el futuro de las reformas en la isla.

No te preocupes, todos sabemos eso. Eres una de nosotros disfrutando de los colores y la inconstancia y el sabroso contacto latino del transporte público, en su variante hipersalvaje del metrobús, vulgo camello. Guarda (por el momento) tu moneda fuerte, entrégate al juego de la cola y de ser usuaria y no cliente. Mimetízate en pocas semanas, nadie te reconocerá, es la regla del juego. Serás una de nosotros, pese a tu tez lechosa y tu alta estatura, a tu pelo irrigado por los mejores champús, a tu metabolismo sin granos ni grasas sobrantes, a toda tu imagen de perfecta factura, de la que, lo sabemos, tú no tienes la culpa. Porque no se escoge el lugar donde nacer.

Tú nunca quisiste mirar los toros desde la barrera, la vida desde el ómnibus climatizado, la realidad desde la prensa. Ven, entonces. Vamos a los barrios marginales, marihuana, navaja y folklore, machismo y aguardiente, tan colorido, tan auténtico. No te cohíbas, toma tus fotos. Es gratis. Vamos a la playa sin auto y sin nevera portátil, aunque tu dorador te delate y tampoco aquí puedas librarte de los niños que ruegan «una monedita, señora», y tengas que contener tu deseo del topless ante el sol del trópico. Ven, al concierto de la Nueva Trova, luego al del grupo de rock alternativo que canta en un exótico spanglish. Ven al underground, la otra cara de la moneda, con sus teatristas frustrados y sus poetas de vanguardia y sus etéreas, girovagantes damiselas de buena familia, mezclilla en sus ropas, letreros en mil idiomas, poses de crítica al gobierno pero siempre sonrisas afables. Ven, yo conozco todo. ¿Quieres oír de Bob Marley y el planeta rastafari? ¿De Carlos Varela y el mundo trova? ¿De Pello el Afrokán y la galaxia rumba? Yo soy el poste indicador de los caminos, ven. Bienvenida a la otra Ciudad Esmeralda, pequeña Dorothy.

A ti, claro, no te interesa ver lo otro. Eso que ya conoces, que no encaja en este ambiente tan paradisiaco de palmeras y salitre. No te llaman la atención ni las tiendas de autoservicio ni las discotecas ni las imitaciones de Mc Donalds, todo en dólares, claro. Ni la juventud de cromó que las ronda. Tú lo sabes, porque has leído a Bataille y a Foucault y a Leotard y hasta a Alvin Toffler, es la cultura pop que explotará como una burbuja, el desarrollo, lo artificial, lo falso, antifolklórico deshumanizado, sin alma... Sí, me apetece un helado, y yo tampoco tengo ganas de hacer cola, ¿entramos? Para esto te dije que guardaras tu moneda fuerte. ¡Fantásticos estos BURGUIS, eh?

He aquí tu pequeño ladrillo en el muro, tu obra de caridad focalizada. Se sabe que tú no puedes cambiar el mundo, ni nadie te lo pide. Que no eres rica ni estás entrenada para la lucha, porque si no... si tú tuvieras un lanzacohetes, algunos hijos de puta caerían, ¿verdad? ¿Conoces la canción de Bruce Cotburn, no es cierto? No lo tienes, pero tus escasos ahorros... es una buena idea dar esa fiesta, yo invitaré a todos, consigue tú la comida y la bebida, y si quieres algo más... ¿tal vez la ganja que nos acerca a Jah? también. La ley no importa mucho ¿verdad? La ley es la culpable, la ley la hizo el colonizador, nosotros haremos la trampa.

¿La estás pasando bien? Es hermoso lo bien que te sientes, lo satisfactorio de hacer regalos a quien no tiene. Gracias por este pantalón y el par de tenis,

no puedes imaginarte la falta que me hacían. ¿Quieres leer mis poemas? No los he publicado, no venden, la industria editorial es una mafia, pero, ¿verdad que te conmueven, te llegan, te ilustran la dura realidad? Y con el necesario fondo de optimismo de un pueblo que, a pesar de todo, lucha y no se rinde. Te regalo algunos... no importa, si logras publicarlos me mandas el libro... puedes mandarme otros libros, claro. Se supone que yo no sepa cuán cara es la cultura en esos países malos donde se hacen las cosas buenas.

Por supuesto, seis semanas es poco tiempo, tu novio allá no tendrá ni tiempo para extrañarte, con todo su trabajo en la productora de discos y las tasas de interés... ¿que es un asqueroso yuppie sin conciencia social? No digas eso, él también estuvo en las barricadas, pero claro, nunca se atrevió a venir, a confrontar su sueño con la realidad. Todo es distinto a como lo imaginaste entonces. Pero vale la pena, ¿no es cierto? Y ya tú sabías que la Tierra Prometida no era... no, no llores... o si tienes que hacerlo, aquí tienes mi hombro... no eres culpable, anda, límpiate esos preciosos ojos azules, ven conmigo, déjate hacer. Seis semanas es poco tiempo, pero pueden pasar muchas cosas...

Disfruta el tablero de ajedrez de mi cuero tostado sobre tu piel nívea, mientras te doy una y dos y cien veces jaque mate entre jadeos. ¿Tú eras de las que creía que eso de la virilidad afrocaribeña era otro mito? Y el cariño que empalaga del contacto continuo de los cuerpos sudorosos en el cuarto sin aire acondicionado, y tus orgasmos al principio silentes, contenidos, luego adaptándote a ésta, la escuela latina, del grito y el arañazo y la mala palabra desvirtuándose de su sentido ofensivo en medio de la pasión que borra las diferencias entre países. En la cama todos somos iguales ¿no? Y podrás nombrarme ipso facto dictador con plenos poderes en la República De Tu Cuerpo Horizontal (y vertical y hasta oblicuo, que hay que tener imaginación). Y pedirme que contigo nunca tenga esa democracia, ni monarquía constitucional ni nada civilizado, sólo este puro salvajismo que tanto te complace. La bella y la bestia, la turista y el nativo. La primermundista y el subdesarrollado.

Tú y yo sabemos que esto no tiene futuro, pero dice el zen que el mañana no existe. Ven a mi vida, conoce a mi familia. Mi hermano murió en la guerra, mi primo está preso... líos políticos, no, tú no entiendes... en realidad, él tampoco, por eso está preso. ¿Si alguien entiende?... Mira, ésta es una foto de mi hermana, se casó con un italiano y a veces escribe desde Milán, le va bien, pero ésa estaría igual debajo de una piedra con tal de tener ropa y comida y carro y video. Pero tú y yo sabemos que eso no lo es todo. Por eso estás aquí, ¿verdad? Porque para ti también hay algo más.

Le caes bien a mi mamá, ¿te fijaste? Y no te preocupes, no hablas tan mal el español, mis amigos se ríen siempre. Es que somos así, risueños, nos burlamos de todo. Es el choteo criollo. Pero también somos tristes, con la secular melancolía del indio extinto y el negro arrancado de su tierra. Somos como somos. No intentes explicarnos. Éste es el país de la Siguaraya. ¿Y eso qué significa? Ah, interesante... lástima que casi no quede tiempo.

Seis semanas es poco. Tenía que llegar este momento. ¿Quedarte conmigo? Por favor... Ya sabes que no se puede, no es tu mundo, no es igual que ir

de visita... ¿Yo? Me encantaría, claro, pero es tanto gasto... claro, si tú insistes... No llores, no hagas promesas falsas. Seis semanas son sólo mes y medio. Te arreglarás con tu novio. Él te quiere, no es tan yuppie después de todo. ¿Serías tan amable de llevar estas cartas? Es que el correo internacional, a veces... Claro, puedes escribirme. Conoces mi talla, no creo que vaya a engordar. Yo también te quiero, ya sé que tratarás de volver lo antes posible, embulla a tus amigas... los míos ya están ansiosos por conocerlas. Corre, que se te va el avión, no dejes tu bolsa de souvenirs, cuidado, se te cae el afiche de Camilo con el Che. El último beso. Buen viaje, linda...

Seis semanas son sólo mes y medio. Yo sólo soy un guía. En cierto modo un sacerdote, que he escuchado tu confesión del pecado de ser del Primer Mundo, de no pasar hambre, de tener cultura, de poder viajar, de no ser latina, de cambiar los sueños y el idealismo por la tranquilidad material. Y te absuelvo por tu penitencia de expiar tu culpa bendiciéndonos con moneda fuerte, con tu ingenua simpatía, con tus maletas que llegaron llenas y se van casi vacías, por tu caridad y tu satisfacción de estar haciendo algo por la justicia social. Yo te absuelvo y te dejo suficiente culpa para que regreses pronto, a esta Cuba de detrás de la postal, a este juego de máscaras que somos y eres, a esta identidad folklórica y postmoderna. Para que te sientas luchadora por la libertad, mujer activa, hembra con conciencia social, y en las noches después del cansancio del trabajo puedas dormirte con la sonrisa en los labios, porque tú estás ayudando a que el mundo ande mejor. Yo te absuelvo y renuevo en tu corazón la fe en la causa, una causa de seis semanas al año, de amor latino y sabor prohibido, de idealismo y sexo. Una causa hecha justo a tu medida de mujer atrapada en la vorágine de la vida moderna. Segura y cómoda, fácil de llevar. La causa que refresca.

Yamén, no faltaba más.



Carlos Alfonzo. *The City*. (1989)